

CONSEJO DE REDACCIÓN

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata), P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba).

*Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

	3	Música Religiosa
<i>Hans Urs von Balthasar</i>	5	Reconocimiento a Mozart
<i>Jorge Saltor</i>	7	Música en Tilcara
<i>Luis Baliña</i>	14	La música alimenta el alma (Platón)
<i>Jean-Pierre Longeat</i>	20	Música litúrgica y contemplación
<i>Cristian Gramlich</i>	33	Música y celebración en Argentina
<i>Jean-Michel Dieuaide</i>	48	El repertorio musical de las asambleas
<i>Manfred Lochbrunner</i>	54	Hans Urs von Balthasar y la Música
<i>Damien Harada</i>	66	Musica litúrgica
<i>Cardenal Jean-Marie Lustiger</i>	69	Carta al Simposio de la Federación Francófona de Amigos del Órgano
<i>Philippe Charru</i>	74	Escuchar la música de Bach
<i>Manfed Lochbrunner</i>	86	Fernando Ortega, Belleza y Revelación en Mozart
<i>Marie-France Begué</i>	89	La vocación Homenaje a Mandrioni

ción de amor también para los otros: para cada uno es vital escuchar a Dios. Celebrar la liturgia, es hacer posible esta escucha, porque cada ser está dotado de un corazón sensible, capaz de probar su falta de espiritualidad en un alto lugar de oración como Vezelay. Nada hay más triste que escuchar cantar la liturgia sin fe, sin convicción comunicativa.

En conclusión, lo que busco en la música es la belleza, la tristeza íntima de la compasión y de la serenidad. Como dijo Yasunari Kawabata cuando recibió el premio Nobel: "yo, en ese hermoso país del Japón...", yo terminaré diciendo: yo, Damian, en ese bello país de Dios, debo continuar avanzando en el camino del amor, profundizando en mi corazón el silencio, fuente de luz.

Traducción: Clara Gorostiaga

II. Carta del Cardenal Jean-Marie Lustiger, al Simposio de la Federación Francófona de Amigos del Órgano

Queridos amigos,

Ustedes han dado a este simposio un doble título: "Para un canto de la Iglesia tradicional y contemporánea" y "el rol del órgano en la liturgia de las Iglesias francófonas".

Unir estos dos temas no deja de tener un interés especial. En efecto, toda celebración litúrgica, y en primer lugar la Eucaristía, constituye una acción compleja pero unificada que se desarrolla en el tiempo. Las grandes obras musicales nos aportan el mejor punto de comparación.

Cuando la tradición litúrgica está constituida con fuerza, cuando el repertorio evoluciona con una relativa lentitud y sabe integrar las innovaciones en una estructura preexistente, es casi instintivo que este desarrollo se construya en el tiempo en un acto en que los celebrantes son simultáneamente las liturgias y los participantes, cada uno con diversos títulos. La

memoria espiritual, estética y afectiva sin lo cual no hay "memorial" es posesión tanto de las liturgias como de los participantes.

Hoy, en la mayoría de los países francófonos, este modelo se ha desestructurado mucho. Sin duda, la regla de la oración, el "canon" según la antigua expresión, ha conservado muy firmemente su estructura. Y, sin embargo, las leyes actuales del espectáculo, de los programas de entretenimiento o de las emisiones televisivas, son muchas veces la referencia estética del padre celebrante, del pastor, del equipo litúrgico, y también de aquellos que, de hecho o de derecho, "animan" la celebración y cumplen el rol de "entretenedor" litúrgico.

La celebración litúrgica ha resbalado de golpe al océano del entretenimiento, de la distracción, del pasatiempo. Por lo tanto es necesario, no importa a qué precio, captar la atención, mantener el ritmo. Todas las recetas y las habilidades del espectáculo -contraste, sorpresa- tienen el lugar de reglas de construcción. Ustedes dirán que exagero. Los grandes conciertos de rock han sido, hace poco tiempo, propuestos como modelos de celebración...

En esta situación, el arte de la música, y en primer lugar la experiencia a la vez estética y espiritual del organista podrían ser un recurso inesperado para iniciar a la asamblea en la celebración cristiana de los "misterios". Siempre y cuando no se resigne a ser un instrumentista totalmente sometido a las órdenes de los organizadores del acto, una especie de equipo de música viviente. Porque muchas veces el órgano y el organista son utilizados como la música de fondo de las emisiones de la radio y la televisión. Suministran fragmentos musicales interrumpidos cuando el celebrante se impacienta. En el mejor de los casos aportan una ligazón o crean un fondo sonoro tenido como "algo meditativo". La música del cine recibe una misión más importante; fue escrita una vez que el film estuvo montado, permite una interpretación musical, un desarrollo sonoro y afectivo de las imágenes y de las palabras.

No le queda al organista más que tocar, según su fantasía y su humor, tal o cual pieza del repertorio con una duración parsimoniosamente calculada. En una palabra, un concierto en fragmentos. Esto lo obliga, desde ya, a una muy insatisfactoria utilización del repertorio y lo lleva, como consecuencia, a preferir el concierto espiritual a la celebración litúrgica.

Sería necesario que los responsables de la liturgia pidan al organista, que supongo yo es un músico serio, otra cosa, mucho mayor. El músico puede ayudar a los responsables de una celebración y a la asamblea que va a participar en ella a respetar la construcción *del conjunto del acto litúrgico como desarrollo en el tiempo de un acto único*.

Aquellos que han meditado e interiorizado el equilibrio de las grandes obras musicales saben que ellas, en su totalidad, están construidas en el tiempo. Tienen duraciones desiguales, modos de expresión variables, con una gran libertad, pero jamás al azar. Las reglas de construcción han educado la sensibilidad y la inteligencia. Enseñan a percibir el sutil equilibrio que encadena y hace suceder los momentos intensos y los momentos de reposo; a comprender cómo la convergencia de todos los instrumentos o de todas las interpretaciones prepara el canto solitario de una voz. La expresión afectiva no está nunca separada de la organización racional de los sonidos en el tiempo.

En síntesis, este acto al que se podría llamar sinfónico es una verdadera construcción. Ciertamente que el organista no se convertirá en el maestro de la liturgia a la que organice como una inmensa cantata o una sinfonía sacra. Pero su experiencia, su sensibilidad, su educación, su saber sentir, su saber entender, su saber hacer y finalmente su saber rezar pueden permitir a los organizadores de la liturgia así como a la asamblea que participa en ella, a descubrir las leyes vitales de la celebración.

La escucha perseverante y espiritual de las grandes obras litúrgicas escritas para órgano puede ayudar a nuestras asambleas a comprender el sentido de la celebración y su unidad coherente. No se puede, en efecto, cantar allí cualquier cosa, ni en cualquier momento, ni de cualquier manera. Es imposible, si se quiere respetar el ritmo de la oración, hacer la sucesión de un *patchwork* de melodías y de textos sin relación entre ellos. Es insoportable para una asamblea, estar sometida a esos golpes y contragolpes afectivos cuando debe dejarse tomar por el Espíritu para seguir a su Señor presente en medio de ella.

Hace falta pues, que descubramos la lógica estética y afectiva de la manifestación de Dios en nuestro tiempo. Nos falta aprender a ver, a escuchar, a cantar la belleza de la Sabiduría eterna que nos invita a su banquete. Me parece que hoy sólo la experiencia musical es capaz de ayudar a los responsables de la liturgia a dejar brotar el manantial del Agua viva que viene del Templo.

Ustedes lo ven, la ambición parece desmesurada: no es nada más que invitar a los músicos a convertirse en los verdaderos servidores del acto litúrgico para ayudar a pensarse a ellos mismos en la verdad de aquello que es y aquello que debe ser.

Habría pues que proceder a un trabajo minucioso que estudiara el desarrollo de una liturgia en su propia duración, y no antes ni solamente los problemas del repertorio.

Me impresiona mucho ver cómo los directores de los coros o los responsables de los cantos, con la mejor voluntad del mundo, eligen según el gusto de su instinto o de su fantasía tal pieza o tal otra, fijando un poco al azar el programa litúrgico de los domingos. En el mejor de los casos, buscarán encontrar una razón que justifique esa elección. Apenas una palabra del canto tenga una vaga relación con uno de los textos proclamados ese día, les parece suficiente. ¡La asociación verbal no es suficiente para asegurar la coherencia de una liturgia!

Es bajo este ángulo del ritmo y de la duración que habría que analizar el desarrollo de una liturgia, como decía.

- ¿Hay un *leit-motiv*? ¿Cuál es su función?
- ¿Qué debe ser el acto de entrada y cuál su intensidad propia?
- ¿Cómo se encadenan y se suceden los momentos de la proclamación de la Palabra y de su escucha?
- ¿Qué recuerdos y qué reminiscencias deben hacer valorar todos los medios de expresión? Y ¿cuáles son los medios convenientes, ya que no todos lo son necesariamente?
- ¿Cómo hacer suceder en el tiempo los elementos en los que la afectividad puede ser a veces contrastante?
- ¿Cómo ligar la palabra singular y única del que preside la asamblea, del sacerdote o del obispo y la de la asamblea?
- ¿Qué pensar de los deseos y las promesas expresados aquí o allá, sobre su equilibrio o su relación mutua?
- ¿Dónde encontrar los modelos más convenientes para la cultura occidental y más particularmente para la cultura francesa? No es raro, en efecto, constatar que las celebraciones evangelistas del profundo sur americano, las de las comunidades negras, son a veces el modelo implícito de una celebración activa: ¿es éste el único posible? ¿conviene a nuestra cultura y a nuestra tradición?
- ¿Cómo explicar la moda que dura desde hace más de diez años de las músicas corales bizantinas o rusas? ¿Qué evocan dentro de nuestra historia perdida?
- ¿Cómo explicar el rechazo absoluto del canto gregoriano tal como se estableció después del siglo XIX, y su reaparición hoy, bajo la forma pasiva de la música grabada como concierto?
- ¿Cómo recuperar la tradición clásica de la cantata?

● ¿Qué pensar de la trasposición litúrgica de la ópera después del siglo XVIII y de las grandes obras orquestales y corales que surgieron de ella para el culto?

Como pueden ver las cuestiones son innumerables desde el momento en que uno se pone a reflexionar sobre la actualidad litúrgica y la riqueza de inventiva de las tradiciones occidentales.

No pasa lo mismo -es claro- en las liturgias de las Iglesias de Oriente, de una inmovilidad relativa. Ellas no han conocido estos cambios y sólo de vez en cuando estos trastornos. ¿Debemos envidiarlas? ¿Imitarlas? De todas maneras sería una quimera o un callejón sin salida, porque ésa no es nuestra cultura.

Debemos actuar con nuestras riquezas y nuestras pobreza. De todas maneras, la historia nos ha enseñado que las liturgias cristianas jamás han cesado de evolucionar y han conocido, de siglo en siglo, sucesivos movimientos de renovación y de reforma. Al mismo tiempo, siempre han sido guiadas por la viva conciencia de la Iglesia de obedecer una regla donde se expresaba la verdad de la fe y la fidelidad a la Tradición, en el sentido activo de la palabra; aquello que ya Pablo decía: "Yo os he transmitido aquello que yo mismo he recibido" (1Cor 11,23). Ellas han encontrado sin cesar el hilo conductor de esta continuidad y de esta coherencia en la palabra de Dios, que ha nutrido las palabras que el canto magnifica. Porque el canto no es otra cosa que la palabra misma, así como la música es una sobreabundancia del canto. Música: palabra humana inefable donde puede hacerse escuchar la Palabra divina.

Esta Palabra divina es ella misma el alma del sacramento en la Tradición católica. Su más alta cumbre, el relato de la Institución, lo testimonia. Y es por esto que culmina en el silencio de la más inimaginable comunión, cuando la asamblea es nutrida con la Carne y la Sangre del Salvador. Ya que, al estar habitada por el Espíritu "que se une a nuestro espíritu", ella puede cantar la gloria de Dios.

16 de julio de 1991

Festividad de Nuestra Señora del Monte Carmelo